



Borrón y cuenta nueva

### Alemania quiere resolver sus problemas mediante la guerra

Con motivo del aniversario de la fundación del partido nazi en Berlín, Goebbels, su fundador, ha pronunciado un violento y amenazador discurso sobre el tema de la reivindicación de las antiguas colonias germanas.

De algún tiempo a esta parte, el leit motiv de las cofiamas con que los magnates del nacionalsocialismo alientan la resignada mansedumbre del pueblo teuton, lo constituye este interés recuperativo de aquellos territorios arrebatados a su férula imperialista en virtud del Tratado de Versalles y que ellos califican muy seriamente de «expoliación».

Y es que el imperialismo germano, al cabo de veinte años de encubierta humildad, reverdece con acre virulencia como el antrax en primavera.

El desmoronamiento del imperio colonial originado por la pérdida de la guerra. Una guerra lo más cruenta y espantosa que registra la Historia de la Humanidad y a la que se lanzó Alemania, promeditadamente, desafiando, bravucones, al mundo.

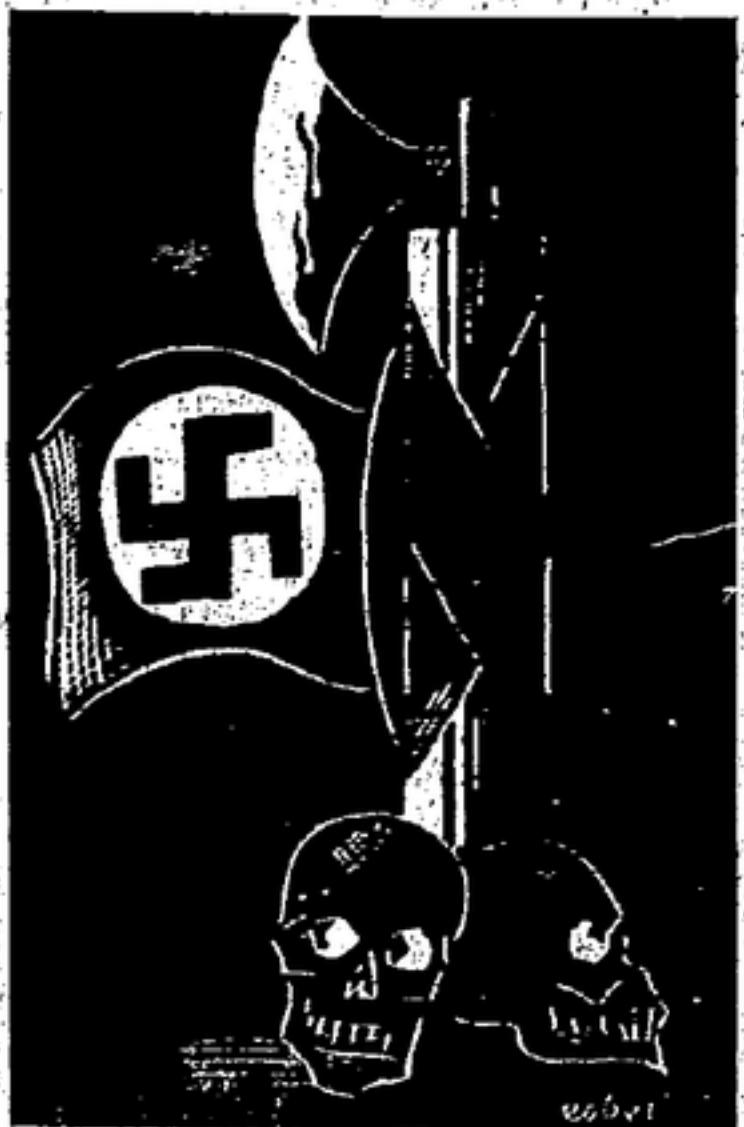
Perdió la contienda y hundió a todos los países que arrastró a la lucha en el abismo de miserias económicas terribles. Regiones inmensas devastadas, catorce millones de hombres sepultados en cementerios infinitos, ruinas financieras, que a los veinte años aún no se columbra su enmienda... Y al propio tiempo que abandonaba resuelta y definitivamente el pago de las deudas, por tal motivo formalmente contratadas, con rabioso encono por la derrota sufrida, comienza un formidable esfuerzo, a prepararse con el más aparatoso atuendo bélico, como antes de 1914, para lanzarse de nuevo a la exterminación y a la locura.

El insolente fascismo alemán pretende que las expoliaciones de que fue objeto se anulen ya: Borrón y cuenta nueva. Como si no hubiera ocurrido nada del año 14 a la fecha en el mapa político de Europa. Germania pretende que todo vuelva a su pristino estado.

Devaluación de las colonias; rectificación, o mejor dicho, anulación de todos los compromisos internacionales que la agobian; condonación de las deudas de guerra y, sobre todo, imposición forzosa de una política europea a medida de su capricho que le permita «las manos libres» para «apartar armas con que inquietar al mundo; he aquí su programa, que está decidida a llevar a efecto sea como sea y cueste lo que cueste.

Para Alemania no hay otra solución que la guerra. Y en 1914 provocó el fútil y desgraciado motivo del execrable asesinato realizado en Sarajevo, ahora busca este socorrido tema de que se le devuelvan sus colonias. Territorios que, por otra parte, no se ha anexionado nada.

La actitud del nazismo está bien clara. Inglaterra y Francia la conocen al detalle. Y este peligro inminente son ellas las llamadas a resolverlo.



## Mujeres asturianas

por Cruz Salido

Una tarde, en Grado, llegué cuando el combate estaba más enjujecado. Al volverme el camino, en una curva muy forzada, había una casita. De allí no nos dejaron pasar. A pocos metros, las balas caían sobre la carretera. Sobre el tejado de la casa, el zumbido de los disparos abrió su carrera trémula. Atrás, en una vertiente áspera, que se enderezaba sobre unas lomas, crujía la guerra, y delante, escondido en el valle, un cañón nuestro estremecía el paisaje. Fue una enfermera la que nos cortó el paso. El recordo estaba enfilado por una ametralladora enemiga, y sentíamos su cascada de disparos intermitentes. Y fue la misma enfermera que nos cortó el paso la que, minutos después, avanzaba por el camino y, encogida dentro del coche, franqueaba el blanco de las balas enemigas. Iba por heridas. Volvió a los pocos minutos, ya instalada en un camión de ambulancia sanitaria, y siguió hacia Trubia, en donde estaba situado el hospital de sangre. Me quedé allí toda la tarde. La caravana de sangre no cesó un momento. Cien veinte heridos pasaron en tres horas. Nosotros recogimos a uno—Félix Barredo—, que llevamos a Gijón. La enfermera nos lo entregó, arrancándonos la promesa de que volveríamos todo lo posible, puesto que la herida era grave. Después siguió hacia abajo, volvió a encogerse en el asiento y buñó de nuevo las flechas de la ametralladora enemiga.

Las he visto en los hospitales y las he visto en el frente. Las he visto, sobre todo, en estas casitas humildes, en las que se improvisa un botiquín, situadas siempre cerca de donde se desarrolla la acción, y donde los heridos son descargados apresuradamente, sin que importen sus lamentos, para ponerles una inyección o taponarles una herida que les permita llegar con vida al hospital. La vi aquella tarde en Grado, cuando ella, una mujer, casi una niña, me impidió el paso porque había peligro, peligro al que ella misma se lanzaba minutos más tarde, escondiendo la cabeza, yo creo que más en defensa de su melena ondulada que en defensa de su vida. Volvió y vino en un ajeteo sereno, blanca y sonriente, como si toda aquella sangre fuera en homenaje a ella.

En la casita había también otras mujeres. No estaban vestidas de blanco, como las enfermeras, sino que ceñían un mono azul. Jamás estaban quietas. Salían y se arrastraban por las pendientes para axomar su cabeza en la línea batida por el fuego. Volvían luego sucias, llenas de barro, gritando:

—Ya corren. Ya corren.

Sabían perfectamente cómo eran todos los ruidos de la guerra y distinguían nuestras detonaciones de las detonaciones enemigas. Situaban con seguridad la acción por el eco de los disparos. ¿De dónde habían surgido? Nadie lo sabe. Las noticias que yo recogí de ellas eran muy confusas y vagas. Los milicianos me guiaban expresamente un ojo; y en ello concretaban su definición sobre aquellas mujeres. Eran jóvenes. Algunas tenían un aire de niñas verdaderamente infantil. Ellas constituían el cortejo femenino que seguía a las columnas. Ellas se alejaban sigilosamente con los milicianos y se escondían con ellos en estos prados húmedos y verdes. El amor tenía aquí un signo brutal. Estas mujeres, que no parecían ser profesionales, rodeaban los parapetos y se acurrucaban en las trincheras, en espera de la sollecitación de los milicianos.

—Vamos.

Se levantaban y se escabullían, no tan lejos como para que no se les oyera suspirar. No se llegaba a ellas para decirles: «¿Quieres?» Se las conminaba con un seco «Vamos». No existía invitación, sino mandato. Todo era rápido, seco y apremiante. No había el preámbulo de la caricia, ni siquiera el placer fugitivo de la sonrisa.

El amor es en la guerra como un disparo más. Y a estas dianas, blanco de tujería, las ocupan como si se tratara de un parapeto, y el amor resultaba para ellas como una detonación breve y sorda, con la cual se estremecía aquel que llenen en los brazos.

Más acá, en el pueblo, había otras mujeres a las que la guerra habrá prendido con su fiebre insaciable. Era domingo. La tarde dominguera tonta, en el otoño asturiano, una grandiosa lentitud y resababa en silencio sobre el pueblo. No había nadie en el paseo. En la plaza, solitaria, se erguía, vacío, el tablado de la música. Era un domingo sin ruido, con la calma gigantesca de la devoción. Los hombres ya había yo dónde estaban. Estaban en el frente. Por este mismo paseo, ahora callado y hosco, pasearían en las tardes domingueras, llevando en los ojos la magnífica lumbre de la juventud, que se haría llamarada cuando viera a su mosa. Yo sabía dónde estaban los hombres; pero ¿y las mujeres?

Tampoco paseaban las mujeres. Tuve que ir a verlas a la Casa del Pueblo. Allí estaban. Habían ocupado las secretarías y todas las dependencias y se habían puesto a coser. Hacían prendas para los milicianos. Rápidamente, como quien domina bien su tarea, se habían organizado, y el trabajo tenía allí una música bien conjuntada. Se pasaban el día costiendo. Había un solo momento de quietud. Era cuando una de ellas leía el periódico. Después, aquellas cabezas jóvenes caían de nuevo hacia abajo, y parecían coser con las manos y con los ojos. Dentro de la cabeza, bajo el ropaje de la melena, otra maquina, más dinámica que la de coser, urdía los sueños y devanaba ilusiones. Los novios lejanos, ahora puestos al acecho de las balas, volvían victoriosos, y entonces la risa estremecía la boca. Mas cuando un suspiro franqueaba los labios, era que la visión del novio ensangrentado oprimía la cabezita de quienes cosían prendas para los hombres cuando todas ellas soñaban con coser prendas para los niños.

## Atropellos a un ingeniero argentino en un buque italiano

El «Daily Herald» publica una información sobre la intervención del fascismo italiano en la actual contienda.

Continuamente dice se tienen noticias de Gibraltar de las actividades de la Marina mercante italiana en favor de los fascistas españoles.

Por ejemplo, hemos sabido la odisea de un ingeniero argentino que venía a Gibraltar con intención de enrolarse por su propia cuenta a las milicias del Gobierno español para luchar contra los fascistas.

Tomó un vapor italiano en un puerto argentino. Cuando el barco llegó a Buenos Aires, se le entregó a bordo un paquete conteniendo libros y cartas a él dirigidos. El paquete no se le entregó sin que antes fuera abierto por un oficial, violando la ley de Correspondencia Internacional, pudiendo de este modo descubrir el contenido del paquete, que, como decimos, eran libros y cartas de presentación del embajador de España en la Argentina para el presidente de la Generalidad, señor Companys, y otras personalidades.

Al percatarse por este procedimiento que el ingeniero argentino venía a colaborar con las fuerzas antifascistas españolas, el capitán la interrogó sobre sus ideas, contestando éste con valentía: «Soy antifascista y quisiera ver al fascismo borrado de Europa».

Este digno ciudadano fue registrado y desprovisto de su dinero y pasaporte, siendo encerrado e incomunicado en un calabozo del barco.

Todo el viaje lo ha hecho de este modo, y...

a pasar de sus protestas y peticiones de comunicar con los cónsules argentinos de los puertos en que el buque hizo escala durante la travesía no consiguió nada.

Además, fue fichado y se vio sometido constantemente a toda clase de vejaciones y humillaciones.

A su llegada a Gibraltar fue puesto en libertad, permitiéndole abandonar el buque; pero sin que le fueran devueltos ni sus cartas ni sus libros, dejándole, por tanto, indocumentado y privado de las cartas de recomendación.

Este mismo periódico relata la odisea de un conductor de taxi, Francisco Barcia, súbdito inglés de Gibraltar, quien al volver a esta plaza británica después de comier en su casa, que se halla en La Línea, al otro lado de la frontera, fue detenido por unos fascistas que cumplían órdenes de Quijeto de Liano.

Por no declarar que llevaba en el bolsillo una peseta en plata recibió una brutal paliza y fue objeto de los insultos más soeces y bárbaros.

Al ser puesto en libertad, media hora después de haber sido apaleado, le advirtieron que si de nuevo incurría en la falta gravísima de sacar plata de la España fascista sería fusilado sin formación de causa.

Como es de suponer—añade el «Daily Herald»—, se quedaron con la peseta que llevaba, que fué confiscada.

Este atropello se ha cometido en virtud de un decreto de Quijeto de Liano que prohíbe la exportación de plata. Después de su promulgación, miles de ingleses y españoles son registrados diariamente con todos incorrectos y agrésivos.



### La complicidad de Alemania e Italia en la revuelta fascista

Con el título de «El convenio de Franco con Mussolini», el famoso comentarista de política internacional Vernon Bartlet publica en el «News Chronicle» el siguiente artículo:

«Me ha sido asegurado en círculos franceses que existe una amplia información secreta que puede probar que el general Franco, jefe de la revuelta española, ha estado en convivencia, recibiendo importante ayuda de Italia en el planeamiento de la sublevación.»

El mismo periódico nos informa también que existen una gran cantidad de detalles sobre la cooperación nazi alemana con los fascistas españoles. Su corresponsal de París escribe:

«Antes de estallar la revuelta pude enterarme de fuente alemana bien informada que el general Franco tuvo una serie de conversaciones con el representante del Departamento de Asuntos Exteriores del Partido Alemán Nazi, que dirige Alfred Rosenberg, departamento que en Alemania se denomina popularmente «nuestro segundo Ministerio de Exterior».

Los generales fascistas prometieron a los nazis que si lograban el triunfo, cooperarían con la política internacional alemana. Esta colaboración sería de gran importancia para Alemania, porque la amistad de España en el caso de una guerra europea significaría para Francia la necesidad de enviar por lo menos cuatro cuerpos a la frontera española, debilitando las fuerzas en el frente alemán. Por otra parte, el poder fascista en Marruecos impediría a Francia sus comunicaciones con el Norte de África.

Existe en este respecto un antecedente histórico. Bismark, antes de la guerra franco-prusiana en 1870, intentó establecer un Gobierno aliado de Alemania en Madrid.

Como compensación a esas promesas de ayuda en lo que se refiere a la política exterior de Alemania, ésta prestó su apoyo económico a los generales facciosos. Entre los que financiaron el levantamiento se cuenta Juan March, millonario español, bien conocido por sus negocios turbios. Fué el encargado de las negociaciones con el Instituto Ibero-Americano en Hamburgo, acordando que el pago de las exportaciones alemanas a España sería entregado a los agentes de March en España, para los fondos de la revuelta.

#### EN NAVAL

En Navel (Huesca) se ha constituido el Ateneo Cultural de las Juventudes Libertarias, cuyos componentes saludan a todos los jóvenes libertarios, especialmente a los que luchan en los distintos frentes.

Esos camaradas se proponen intensificar la lucha contra el fascismo, desarrollar una labor de cultura y trabajar por el triunfo de nuestras ideas.

#### AVISO

Se ruega a quien sepa el paradero de Antonio Gómez Cabeza, de Almadén de la Plata (Sevilla), lo comuniquen a Demetrio Gómez Truado, primera centuria, grupo número 32, columna «Casca», C. N. T. y F. A. I. — Alora (Málaga).